

### RIENZI,

6

## EL ÚLTIMO TRIBUNO.

### CAPITULO VI.

#### El conspirador convertido en magistrado.

A media noche, y cuando toda la ciudad parecia sumergida en el reposo, hendian largos surcos de luz las ventanas de la iglesia de Santo Angelo, y sus anchas bóvedas repetian á frecuentes intervalos las solemnes y prolongadas notas de los sagrados cánticos. Rienzi oraba en el templo: treinta misas ocuparon las horas que transcurrieron hasta el alba. Se recurrió á la religion para que bendijera los esfuerzos de la libertad. (1) Ya hacia mucho tiempo que habia salido el sol, ya hacia mucho que se hallaba reunida inmensa muchedumbre delante de las puertas de la iglesia y en sus avenidas. Súbito tocaron á fiesta las campanas, y apenas enmudecieron sus tañidos, entonaron las voces de los coristas un himno con expresion de varonil grandeza, á pesar de la bárbara mezcla de imágenes bíblicas y de manifestaciones de un patriotismo clásico. Terminado el himno se abrieron las puertas de la iglesia: hizo calle la muchedumbre, retrocediendo por todas partes, y apareció Rienzi cubierto con armadura completa, sin casco y precedido de tres jóvenes pertenecientes á la nobleza de segunda clase, los cuales llevaban estandartes, en que se veia representado alegremente el triunfo de la libertad, de la justicia y de la concordia. Ala agitacion y á las vigiliias debia atribuirse la palidez de su rostro: espresaba no obstante tan sosegada y magestuosa firmeza se oponia con tal naturalidad á toda demostracion de sentimiento vulgar y estrepitoso, que cuantos se hallaban cerca de su paso reprimieron las voces próximas á salir de su boca. é hicieron señas á los que se veian á mas distancias con el fin de que imitaran su ejemplo. Iba al lado de Rienzi el obispo de Orbiato; y en pos de ambos un centenar de hombres con armas. Púsose en camino la procesion en medio del mas profundo silencio, hasta que acercándose al Capitolio, y creciendo por grados la veneracion religiosa y el entusiasmo político que le inspiraba al pueblo aquel sitio, vibraron en los aires mil gritos de alegría.

Hizo alto la comitiva apenas llegó al pie de la anchurosa escalera que servia entonces de principal entrada á la plaza del Capitolio; y mientras inundaban la muchedumbre el inmenso espacio que se estiende allí delante, ornado y enriquecido con los vestigios mas magestuosos de los antiguos templos, arengó Rienzi á la plebe, á la que acababa de elevar en un instante á la dignidad de pueblo.

Describió vigorosamente la servidumbre y la miseria del pueblo, la ausencia de todas las leyes, la falta de seguridad para las vidas y fortunas. Declaró que sin temor de riesgo alguno consagraba su existencia á la regeneracion de su comun patria. Apeló solamente al pueblo para que concurriese á tan sublime empresa y para que legitimase y consolidase al mismo tiempo la revolucion con el establecimiento de un código de leyes, y una asamblea constituyente. Luego ordenó á un heraldo de armas que leyese el proyecto de la ley fundamental que proponia.

Creábase en ella, ó mas bien se restablecia con nuevos poderes y nuevos privilegios, una asamblea representativa de consejeros; y su primera ley, que parecia sencilla en nuestros tiempos mas venturosos, pero que nunca se habia ejecutado en Roma, establecia que á todo homicida, cualquiera que fuese su categoria, se le condenase á muerte. Además, ningun romano, noble ni plebeyo, debia tener guarniciones ni fortificaciones dentro de la ciudad ni en el campo: las puertas y los puentes debian estar bajo la proteccion del primer magistrado elegido por el pueblo: el que diera asilo á un bandolero ó soldado mercenario debia pagar una multa de mil marcos de plata; á los barones propietarios del territorio de las cercanias habian de ser responsables de la seguridad de los caminos y del transporte de las mercancías. Tales eran las principales disposiciones de la ley fundamental, á las que conviene añadir las siguientes: el Estado tomaba bajo su amparo á las viudas y á los huérfanos: en cada barrio debia formarse una milicia armada pronta siempre á reunirse para la defensa del Estado al son de la campana del Capitolio: debia estacionarse un buque en cada uno de los puertos de la costa para salvaguardia del comercio: por último, se concedia una cantidad de cien florines á los hijos ó herederos de todo el que muriese en defensa de Roma; y las rentas públicas debian destinarse íntegramente á las rentas del Estado.

Tal era el plan de aquel código moderno, á la vez que ventajoso directa y positivamente. No puede uno menos de advertir hasta qué punto habia llegado el

(1) Si alguna vez encontrare la vida de Rienzi un historiador digno de reproducirla se verá que al entusiasmo político del pueblo se unia un poderosísimo sentimiento religioso durante la revolucion provocada por el tribuno romano. Aquel sentimiento, toscó preludio de la reforma del siglo XVI, lo avivó en Italia Arnaldo de Brescia. Sin embargo el descontento no se dirigia entonces contra el clero, antes por el contrario este le prestó su apoyo. Las principales órdenes religiosas se declararon por la revolucion de Rienzi. (\*)

(\*) *Eculent in circuitu vestro montes*: Estremézcanse de gozo vuestros montes.—Así empieza la carta dirigida por Rienzi al senado y al pueblo romano, y conservado por Hoeseimer.

desórden de un Estado, donde las primeras vases de la seguridad social forman los limites en que se encierra una revolucion popular.

Fué acogido este proyecto de ley fundamental con entusiastas aclamaciones. Entre los concurrentes mas exaltados sobresalia Cecco del Vecchio, tanto por su elevada estatura como por el fervor de sus aplausos. A pesar de lo humilde de su condicion era entonces Cecco un personaje de alta importancia. Habíanle hecho escesivamente popular su celo, su bravura, y mas que todo sus pasiones brutales y sus obstinadas precauciones. Considerábanle como á su jefe y representante los jornaleros de las clases ínfimas. En aquella ocasion habló recio y denodado, y habló bien, porque se hallaba muy poseido del asunto.

«Compatriotas y ciudadanos, dijo, aprobais esta nueva ley fundamental, y debeis aprobarla en efecto. Mas ¿de qué nos valdrán tan buenas leyes si carecemos de magistrados que las ejecuten? ¿Quién es capaz de llenar mejor este cometido que el que las ha formado? Si me preguntárais cómo se forja un escudo con toda perfeccion y mi respuesta os satisficiese, ¿encargariais ese escudo á otro herrero? Caso de hacerlo así, tal vez os presentaría el otro artesano un escudo no mal trabajado; pero en nada parecido al que yo os hubiera labrado con arreglo á la descripcion de que quedásteis contento. Nicolás de Rienzi os ha presentado un código de leyes que será nuestro escudo. ¿Quién podrá hacer uso de ese escudo mejor que Rienzi? Romanos, os aconsejo que le confíeis bajo el nombre de gobernador, ó del que mas os plazca, la autoridad necesaria para establecer vuestra nueva ley fundamental, y cualesquiera que sean los medios que ponga en planta, nosotros pueblo, lo justificaremos con nuestro aprobacion.

—¡Viva Rienzi! ¡Viva Cecco del Vecchio! ¡Dice bien! ¡El que ha hecho las leyes es el único que debe gobernarnos!

Tales eran las aclamaciones que vibraban en el oido y henchian de gozo el ambicioso corazón de Rienzi. La voz del pueblo le investia con el poder supremo. Habia creado una república, y podia erigirse en déspota si tales eran sus deseos.

### CAPITULO VII.

#### Revolucion tardia.

Mientras ocurrían estos sucesos dentro de Roma, se puso en camino para Orbiato un criado de Estéban Colonna. Es mas para imaginarlo que para descrito el asombro con que supo el anciano baron aquellas noticias. No tardó sino pocos instantes en hacer que se reunieran sus tropas, y en medio de la confusion de la partida entró el caballero de S. Juan en el aposento del patricio romano.

No se advertia en el rostro de Montreal la indolencia orgullosa, si bien urbana y de índole francesa que le caracterizaba. ¿Qué es lo que sucede? preguntó: ¿Alguna revuelta? ¿Es Rienzi soberano en Roma? ¿Se puede dar crédito á esa noticias?

—No son sino muy ciertas, dijo Colonna con amarga sonrisa. ¿Dónde le ahorraremos á nuestro regreso?

—No habéis con tanta arrogancia, señor baron, replicó Montreal con tono algo desabrido: ese Rienzi es mas fuerte de lo que imagináis. Conozco á los hombres, y vos no conocéis sino á los nobles. ¿Dónde se halla vuestro deudo?

Aquí está, noble Montreal, dijo Estéban encogiéndose de hombros con una sonrisa desdeñosa, por juzgar mas prudente no hacer caso del impetuoso arranque del extranjero; aquí está, vedle, ahora llega.

—Sabeis las noticias que corren? preguntó Montreal.

—Las sé.

—¿Y desprecias la revolucion?

—La temo.

Entonces teneis algo de criterio; mas no es esto lo que importa. No quiero interrumpir vuestra conferencia: adios por la presente.» Y sin que Estéban pudiera detenerle, salió el caballero de la estancia.

—«¿Cuáles serán las miras de ese demagogo?» murmuraba Gualtero, ¿habrá querido burlarme? ¿Se habrá deshecho de mí para monopolizar todos los beneficios de la empresa? Mucho lo recelo! Astuto es el romano! Nosotros, guerreros del Norte, no podriamos luchar contra el entendimiento de los meridionales, si su cordia no viniese en nuestra ayuda. ¿Y que me toca hacer ahora? Ya he mandado á Rodolfo que se aboque con los bandidos, y están á punto de abandonar á su actual dueño. Pues bien, dejemos obrar al tiempo. Vale mas destruir al presente el poder de los barones. Despues trataré con los plebeyos espada en mano; y si la empresa se malogra, te volveré á ver, dulce Adelina, y siempre es un consuelo. Luis de Hungría pagará bien caro el brazo y la cabeza de Gualtero de Montreal. ¡Hola, Rodolfo! ¡Ven aquí! gritó al verle atravesar el patio medio armado y medio ebrio. Truhan ¿ya estás ebrio como de costumbre?

—Ebrio ó sóbrio, respondió Rodolfo saludándole en voz baja, siempre á tus órdenes.

—¡Bien dicho! ¿Están tus amigos prontos á montar á caballo?

—Ochenta de ellos, cansados de la ociosidad, y del aire insípido de Roma volarán adonde Gualtero de Montreal quiera enviarlos.

—Entonces, date prisa, que monten á caballo: no aguardaremos la partida de los Colonnas; los dejaremos aquí mientras echan baladronadas. Manda á mis escuderos que me sigan.

Se acomodaba Estéban Colonna en la silla de su rico palafren, cuando vinieron á decirle que Gualtero, Rodolfo y ochenta soldados de los que tenia á sueldo habian ya partido... ¿Hacia dónde? Esto era lo que todos ignoraban.

Se han querido adelantar para presentarse en Roma antes que nosotros. ¡Es un leal bárbaro! dijo Colonna. ¡En marcha, señores!

(Continuad.)

## CONCLUSION.

En Francfort, (1) próximo á Filadelfia, salieron á recibirlo el gobernador, (2) los generales Saint-Clair y Hand, con la compañía de caballería, y los principales habitantes de la población. El estrépito del cañon y el repique general de campanas anunciaron bien pronto su entrada, y corría atropelladamente la multitud vitoreándole con las mas vivas muestras de alegría y amor.

Para colmo de felicidad encontró Washington en esta ciudad á su querida esposa, que los rigores del invierno le habian impedido llegar hasta Nueva-York. ¡Con qué placer no hubiera dividido con esta los últimos honores de su carrera militar!

Todas las corporaciones de los estados, el consejo, los magistrados, las universidades, la oficialidad de la Milicia Nacional, la Sociedad filosófica, el clero y los colegios de médicos y abogados fueron á cumplimentarle, con las mas sinceras y enérgicas felicitaciones, á las que contestó con la ternura y modestia que siempre le han caracterizado.

Constituido por fin en la clase de ciudadano por la voluntaria y libre dimision del poder, partió al siguiente dia Washington con su mujer y amigos para Mont-Vernon. (3) Recorrer sus campos y volver á ver su casa querida, abandonada desde el principio de la guerra, eran para él el objeto de todos sus deseos. Dos dias despues marchó á Choptank (4) á abrazar á su tierna madre, que hacia ocho años que no habia visto.

Luego que el Maire y Regidores de Alejandría (5) supieron su llegada, se apresuraron á manifestarle el esceso de su satisfacción y placer por tener por vecino y amigo al salvador de la patria: le felicitaron con los afectos del mas sincero reconocimiento el haberle librado de los peligros y azares de tan deshecha y prolongada borrasca, y de haber conducido la nave del Estado, cuyo gobierno le confiaba la patria, con tanto acierto y política: Concluyendo rogándole continuase siendo el protector del pais, ilustrándolo con sus luces y conocimientos, con cuyo auxilio esperaban obtener las mejoras y adelantos de que era susceptible el suelo.

Me parece que no puedo terminar mejor el pequeño bosquejo que he trazado de los triunfos, virtudes y heroismo de este hombre célebre, que incluyendo copia de la carta que escribió al gobernador de este Estado (6) á pocos dias de haberse instalado en su casa: en ella se descubren y pintan los virtuosos sentimientos y bondad que brillaban en su corazon.

Mont-Vernon 29 de diciembre de 1785.

Mi querido gobernador: Por fin estoy ya bajo mi techo: he saludado á mis dioses Penates, y habito esta casa en la que en otro tiempo habia pasado dias tan felices! Bien sabeis con cuanta repugnancia la abandoné, cuando me llamó la patria para dirigir sus armas. He vuelto á ver los árboles que habia plantado con mis manos. Cuánto han crecido. La consideracion de estar ya libre de todo cargo y carácter público, aumenta mas y mas si posible es, este placer: semejante á un hombre que le libertan de una pesada carga, me parece hallarme ahora mas agil, mas dichoso! Mis buenos negros se me han presentado! Os aseguro que el placer de volvernos á ver ha sido recíproco: derramaron dulces lágrimas de gozo, y no fui yo insensible á estas demostraciones de amor. Voy desde ahora á ocuparme seriamente á trasformar mis armas en rejas de arado y azadas, pues há ya mucho tiempo que mis tierras estan ociosas. (7)

Adios: velad por la tranquilidad de vuestra ciudad: pasadlo bien, y no dejéis de escribir á vuestro.—JORGE WASHINGTON.

J. DE A.

## APUNTES BIOGRAFICOS.

### L. LABLACHE.

#### CONCLUSION.

En el mes de Abril de 1829 partió Lablache para Lóndres, donde habia sido escriturado y como si nunca debiera turbar nada su continua ventura, el público del teatro de la Reina no le fué menos favorable que el de la Scala y el de San Carlo. Saludaron entusiastas aplausos al cantante apenas se presentó en escena y aquella noche fué para él un nuevo triunfo.

A la sazón ya era el nombre de Lablache popular en Europa, no habia experimentado ningun revés en toda su carrera, mas aun le faltaba someterse á una prueba la mas difícil y la mas ansiada de todos los grandes artistas: el juicio del público parisiense, el público selecto, cuya opinion arrastra en pos todas las demás, y que en materia de artes, está hoy dia reconocido por juez soberano. Lablache no habia olvidado por otra parte que Francia le tocaba muy de cerca, y los aplausos de París tenian para el doble valía. Así es que deseaba vehementemente presentarse, en esa venturosa escena de la sala Favar ya ilustrada por tan brillantes reputaciones y á la que el nombre de la Malibran dió extraordinario brillo. La revo-

(1) Hermosa ciudad, distante tres leguas de Filadelfia.

(2) S. E. Juan Dikson: á este buen gobernador le ha reemplazado Mr. Franklin en 27 de octubre de 1786.

(3) Hermosa y rica hacienda propia del general Washington, situada á cinco leguas de Alejandría en los márgenes del caudaloso rio Potawmarek, que por aquel sitio tiene media legua de ancho.

(4) Magnífica posesion y plantacion de la madre del general: ha sido esta señora una de las mas hermosas de toda la Virginia.

(5) Ciudad nueva, llamada antiguamente Bell-Haven, edificada mas acá de las cataratas que forma el rio Potawmarek: está situada á 72 leguas de la bahía de Chisapeak, terminando en este sitio la navegacion del rio.

Quando se concluyan las obras que se están ejecutando en el dia bajo la direccion del general, será navegable este rio por mas de 120 leguas, y será una de las principales comunicaciones con el interior del pais.

(6) S. E. Jorge Clinton, gobernador de Nueva-York.

(7) Antes de la guerra era Washington uno de los mas grandes propietarios de la Virginia.

lucion de 1830, habia comprometido por un instante la fortuna del teatro italiano. Mucha parte de los que le frecuentaban, habian renunciado á sus mas caros placeres; toda la aristocracia del arrabal de San German habia comenzado su oposicion por desterrarse de los teatros parisienses, y para luchar contra este contratiempo multiplicaban los empresarios toda clase de atractivos. M. M. Robert y Severini que administraban el teatro italiano amaban cerca de sí á los cantantes cuya reputacion parecia incontestable. Fué ajustado Lablache y el martes 2 de noviembre de 1830 aparecia por primera vez ante el público parisiense. Cantaba el papel de Gerónimo en el *Matrimonio secreto*, y para él fueron todos los honores de la fiesta. Apenas salió á las tablas, se animó aquel teatro, antes decaído, y por todas partes resonaron estrepitosos aplausos. Lablache se sobrepusó á sí mismo, por decirlo así; nunca tuvo mejor intérprete la música Decimarosa, y jamás fue cantada con mas númen esta admirable partitura; una circunstancia llena de interés daba todavia mas brillo á aquel esplendente triunfo. Rossini, el célebre maestro, que no habia oido nunca á Lablache, asistia á la representacion, y su favorable voto no fue lo de menos precio para el hábil cantante. Desde este momento Lablache figuró entre los artistas mas obsequiados en París, y su nombre se asoció dignamente al de todos aquellos de quienes guardaba memoria el teatro italiano. Durante aquella estacion Lablache cantó sucesivamente en la Cheneréntola, en la Semíramis, en el Otelo, y siempre con un talento admirable. No obstante, despues de esta dichosa tentativa permaneció alejado por dos años del teatro italiano: volvió á presentarse en él en 1833 con el papel de Enrique VIII de *Ana Bolena* de Donizetti, diciéndolo con una grandeza y dignidad sorprendentes en un hombre que encontraba en *Dandin* y en don Gerónimo inspiraciones de un cómico tan perfecto. Desde esta época Lablache no ha abandonado la escena italiana; ha cantado sucesivamente con rara superioridad los papeles mas importantes del repertorio, la música de Bellini, el *Pollone* de *Norma* con tanta brillantez como el *Leporello* de *Don Juan*.

Solo un suceso bien cruel vino á acibarar esta existencia hasta entonces tan venturosa. En 1838, algo despues del incendio del teatro italiano, Lablache perdió á su hija á quien amaba con delirio. Aquella misma noche cantaba el *Giorgio* y *Puritani* y el grito desgarrador de su dolor que aplaudia el público con tanto enagenamiento, no era sino el acento de una desesperacion bien positiva.

Si alguna cosa puede consolarle á Lablache es esa aprobacion, esa estima, que siempre le ha demostrado el público, es el brillo de una reputacion, que siempre ha ido en aumento. Un año y otro esa voz sorprendente de fuerza, de estension y de espresion conmueve mas vivamente, escita mayores aplausos, y ahora el nombre de Lablache es uno de aquellos cuyo recuerdo pertenece á la historia del teatro contemporáneo.

## REVISTA DE TEATROS.

La noche del viernes, ha salido de esta corte para el teatro de San Petersburgo el tenor don Pedro Unanue, quien por la indisposicion que en estos últimos dias le ha aquejado, no ha podido cantar el primer acto de la ópera del señor Espin, *Padilla ó el asedio de Medina*. No sabemos de cierto si será esta causa suficiente á que se suspenda su ejecucion; creemos sin embargo que sí, porque estando como está el libreto en español, ningun cantante italiano, á no ser que posea nuestra lengua, querrá prestarse á cantarla.

Podemos asegurar á nuestros lectores, que el director de las compañías de los teatros principales, señor Lombía, trabaja sin descanso á fin de presentar al público de la corte espectáculos dignos de su cultura: nuestros primeros literatos trabajan tambien asiduamente por lograr este fin y esperamos que lo conseguirán.

El primer actor don José Valero, que como saben nuestros lectores, rompió su contrata, pasará dentro de unos dias á Barcelona donde se pondrá á la cabeza de la compañía principal.

Se cuenta que la apreciable artista, la señorita Gariboldi, trata de romper su escritura. Ignoramos los motivos que la asistan para ello, si bien creemos que estando sola en la compañía de ópera, tendrá que fatigarse mucho.

## TEATROS.

### DE LA CRUZ.

A las ocho de la noche: el drama nuevo, en cinco actos, titulado: LOS COBRADORES DEL BANCO. Terminará el espectáculo con baile nacional.

### DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

### DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche. 1.º Acto segundo de la ópera LA FAVORITA. 2.º Acto primero del gran baile en dos actos GISELA O LAS WILIS.

### DE VARIEDADES.

A las cuatro y media de la tarde: el drama en tres actos, titulado CECILIA LA CIEGUECITA. Baile y sainete.  
A las ocho de la noche: El drama en verso y en tres actos, titulado: DOÑA MENCIA O LA BODA DE LA INQUISICION. Baile nacional y sainete.